

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

El fantasma del cacique Foyel. Apariciones y apropiaciones entre la toponimia y el mito.

Masotta, Carlos.

Cita:

Masotta, Carlos (2009). *El fantasma del cacique Foyel. Apariciones y apropiaciones entre la toponimia y el mito. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/308>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El fantasma del cacique Foyel. Apariciones y apropiaciones entre la toponimia y el mito

Carlos Masotta (CONICET- UBA- INAPL)

Introducción

Toponimia, caciques, fantasmas y soberanía.

“El mapa no es el territorio y el nombre no es la cosa nombrada” solía recordar Gregory Bateson para agregar inmediatamente que ese principio lógico no describía la acción humana, caracterizada frecuentemente por la confusión de esos extremos. La cita, además de apuntar a la reflexión sobre el lenguaje, permite señalar a la toponimia como una relación particular entre nombrar y situar.

Cuando al territorio se le impone un epónimo (nombre de una persona ilustre o *héroe cultural* asociado al lugar) se señala con mayor claridad que esa operación de situar no es meramente espacial sino también temporal. Inmediatamente se vinculan dos series de acontecimientos: la de la biografía de esa persona y la del lugar así nominado. Una *operación historiográfica* de producción territorial del espacio. Desde este punto de vista, los mapas como portadores y creadores de toponimia pueden verse como narraciones *de* procesos históricos y sociales. Una de las partes activas de esos procesos, una versión escritural de las trazas del Estado sobre esos territorios. Pero los topónimos son más ambiguos que los mapas que quieren fijarlos, además de encontrarse en el papel están en el mismo territorio y en la voz de quienes en ellos viven. Y cuando esa voz no habla la lengua oficial se entabla una compleja pugna *glotofágica* propia de las situaciones coloniales (Calvet 1974). En ellas, la relación entre nombrar y situar expresa su especial contenido político.

En el caso de la región Patagónica, atravesada por un largo proceso de colonialismo interno, los mapas y nombres de sus ciudades, pueblos, montañas y ríos hablan en una lengua particular que, como en un *secreto a voces*, es capaz de mencionar aquellos conflictos y al mismo tiempo acallarlos en la *objetividad* cartográfica o en la neutralidad de la cartelería vial. En efecto, por el nombre (el topónimo), el mapa y el territorio pierden su

distancia de escalas para coincidir, como en el relato de Borges¹, donde los cartógrafos de un imperio habían llegado a construir un inútil mapa de escala 1 a 1.

En la Patagonia son frecuentes los topónimos indígenas e incluso tal vez sean más numerosos que los del Estado colonizador, sin embargo, en este contraste, es notable la ausencia de menciones a personalidades indígenas mientras que es conocida la difusión y repetición de figuras militares y religiosas que intervinieron en el pasado de la región. En resumen, la toponimia se acerca antes que a una colección de nombres y significados, a una problemática donde se relacionan formas de autoridad, de ocupación territorial y de memoria social.

En la bibliografía patagónica las toponimias indígenas y en especial “mapuches” o “araucanas” ocupan un lugar particular. Cultivadas por historiadores, arqueólogos, antropólogos, militares y entusiastas se resuelven en general por largos listados de términos con sus puntuales etimologías traducidas al español. En muchos casos se parecen a colecciones exóticas, como hechas con el mismo espíritu de los antiguos gabinetes de curiosidades de los museos del siglo XIX. Influenciadas por el pintoresquismo o el folklore romántico fueron una forma discreta de acallar esas voces como lejanas huellas de un pasado ya sin vida. Sin embargo, hubo excepciones que se acercaron a las complejidades que la presencia étnica de la toponímica patagónica implica. Por ejemplo, Bertha de Koessler Ilg tiene una reflexión ejemplar en torno al cerro llamado “Curuhinca/Kurruwinka”, topónimo que es producto de la intervención del ejército en el siglo XIX y de los posteriores posicionamientos políticos de las comunidades mapuches locales en relación a esa intervención (Koessler Ilg 1963)².

Los topónimos históricos tienden a la naturalización de un pasado, de su crónica y consecuente temporalidad en el sentido común. Fueron hechos para recordar y ubicar. Pero

¹ “Del rigor en la ciencia” (Borges 1974)

² La autora refiere, en base a testimonios de pobladores mapuches de la zona, la historia de ese nombre. Brevemente: Kurruwinca es el nombre despectivo (Kuru: negro; Winca: extranjero, blanco, cristiano) que diferentes grupos expulsados del lugar por la intervención del ejército hacia finales del siglo XIX le pusieron al cacique Treu Pan, por haberse entregado a los militares a pesar de contar con hombres armados. El propio grupo de Treu Pau adoptó el mote puesto por las familias despojadas. En 1882 soldados del regimiento 3° de caballería en la zona cambiaron el nombre del cerro denominado antes *Pukuaullu* “Gigante petrificado” por el del cacique. Este a su vez había adoptado el nombre de Bartolomé, en homenaje a Mitre (Koessler Ilg 1963). La toponimia indígena de la Patagonia ha sido objeto específico de diversos trabajos (Groeber 1926; Harrington 1944; Koessler Ilg 1963; Tello 1958; Casamiquela, 1967; 1998; 2000; Piana 1981.). En 1936 el entonces coronel Juan Perón publicó por entregas su “Toponimia Patagónica de etimología Araucana” que después sería prologada por el antropólogo José Imbelloni.

¿a qué y a quiénes? Frecuentemente, los sentidos de la evocación suelen dejar paso a los de la orientación, al uso práctico de la ubicación en el recorrido y la fijación de las coordenadas espaciales del territorio. A la luz de estos procesos no es extraño entonces que el topónimo pueda cargarse de las tensiones propias del tiempo y el espacio que en él son narrados. Especialmente cuando se trata de topónimos indígenas y más aun si estos son epónimos. En ellos la evocación se emparenta con la invocación.

En este trabajo abordo algunos aspectos de la figura y el nombre del cacique Foyel en circulación en la zona precordillerana de la provincia de Río Negro al sur del Parque Nacional Nahuel Huapi³. A la cita de ese cacique por la toponimia del lugar se le suma la circulación de relatos que narran parte de su historia junto a señales o apariciones más o menos actuales de su imagen o “fantasma”, pues según la versión más divulgada ese jefe indígena habría sido enterrado en un cerro de la zona con un valioso ajuar de oro y plata. Esta asociación con la riqueza no es solo retrospectiva ni es exclusiva de los sectores populares donde se difundió aquella narración. Foyel hace su *aparición* fantasmática en la experiencia de los sectores populares y es *apropiado* por nuevos propietarios en la zona. La apropiación de “Foyel” ha atravesado las fronteras de clase y el nombre es hoy depositario de un prestigio y un valor particular propiciatorio de enriquecimiento. Casi como una *marca registrada* diferentes emprendimientos económicos recientes en el lugar lo han tomado como emblema característico (una estancia, una empresa forestal, empresas turísticas, entre otros). El contraste entre la *aparición* ante el viejo poblador y la *apropiación* de la nueva empresa económica describen una alteridad en el posicionamiento respecto al pasado indígena y al presente territorial. Con todo, en la figura del cacique ambos se encuentran en el proceso de autoctonía y de marcación de intereses de pertenencias al lugar.

En el uso de “Foyel” como topónimo se destacan dos rasgos: En primer lugar, su proliferación en la zona, que indica la huella de la soberanía territorial del cacique en el siglo XIX: un cerro, un río, un pueblo llevan hoy ese nombre ya presentes en mapas de aquel siglo (cf. Steffen 1909). En segundo lugar, su persistencia en el tiempo, a pesar de

³ La presente investigación es continuación de un trabajo anterior (Masotta 2008 a y b) y está inscrita en el proyecto “Turismo sustentable y arqueología en la cuenca del Río Manso inferior (Pcia Río Negro)” PICT - ANPCyT (Nº 26.332).

que la población indígena vinculada con el cacique fue expulsada a partir de 1881 por la “Campana de los Andes” liderada por el General Villegas. Los cerros “Fortaleza” y “El Bastión”, también de la zona, aluden a un conflicto en la posesión territorial del lugar. Sobre el recuerdo de la presencia del cacique antes del avance militar, fue Clemente Onelli quien escribió con especial elocuencia al recorrer el lugar en 1904:

“En la marcha siguiente se desplegó ante mi vista, soberbio como un anfiteatro en ruinas, un Valle grande como una inmensa arena, encerrado entre paredes de piedra: era por allí donde en los últimos años de los malones indios, el cacique Foyel, perseguido por las fuerzas argentinas, arreaba las haciendas robadas, que pastaban allí adentro como encerradas en un potrero de alfalfa; tiene ahora el nombre de Corral de Foyel, y usa y abusa de él un araucano chileno que ha cursado en las escuelas de aquel país los estudios primarios, que me dijo ser descendiente directo de Lautaro y Caupolicán y que por eso era el dueño (*ad referendum*) de un gran Valle rodeado de bosques de guindos y manzanos y cuya ubicación precisa se había perdido en la tradición oral de sus antepasados, y que hasta encontrarlo utilizaba para sus vacas el valle de Foyel” (Onelli 1904: 76)

La atención de Onelli sobre el lugar, su retórica territorial (“soberbio... anfiteatro en ruinas”; “inmensa arena”), el comentario sobre su conflictiva posesión y dominio desde el cacique hasta el “araucano chileno” con formación escolar y su parentesco con los míticos Lautaro, Caupolicán y una tierra perdida. “*Ad referendum*”. El tono humorístico de Onelli (casi una marca de género en los viajeros del siglo XIX para describir el *encuentro imposible* entre la “civilización” y la “barbarie”) no debe ocultar que su descripción y viaje tenían por objeto la colonización y el trazado de límites internacionales. Finalmente, notamos su licencia al bautizar: “el valle de Foyel”.

La maldición de Foyel

Si se remonta la ruta nacional n° 40 y caminos aledaños en la provincia de Chubut hacia el norte hasta el Parque Nacional Nahuel Huapi en la provincia vecina de Río Negro, puede

notarse como una serie de topónimos naturales con los que se nombra a diferentes ciudades, pueblos o parajes es interrumpida al final por la cita de dos figuras históricas: “El Hoyo”, “El Bolsón”, “El Maitén”, “Los Repollos”, “El Foyel” y “Río Villegas”.

En ellos se reúnen diversas operaciones toponímicas frecuentes. La primera radica en la elección de algún objeto o condición de la naturaleza como marca característica. Con el uso y el paso del tiempo esos nombres suelen familiarizarse y aunque siguen nombrando a la naturaleza, como una *metáfora fósil*, suelen interpretarse como la mera mención de un pueblo o de una ciudad. Dado que el topónimo natural precede al poblamiento, la asociación entre ambos se estrecha al combinarse en un proceso histórico. Otra operación toponímica clásica de la tradición occidental en general y nacional en particular consiste en el recurso al epónimo. En las formas de nominar la naturaleza se produce una operación inversa a la anterior. En el primer caso, con la naturaleza se nombra a la sociedad y en el segundo, a través de una figura característica se marca el lugar.

Nótese que el último topónimo de nuestra serie (“Río Villegas”) combina las dos operaciones: denomina al pueblo con el río que nombra a su vez al General Villegas. Con “El Foyel” pudo haber ocurrido lo mismo en referencia al río homónimo, que corre unos kilómetros al sur de la población. Como ya se ha señalado, se reitera su uso en la zona pues también denomina a un cerro cercano y al “Corral de Foyel”, un área plana hoy en desuso que antiguamente sirvió para acumular ganado. Por otra parte, la ubicación consecutiva de los pueblos “El Foyel” y “Río Villegas” puede verse como un recuerdo del *enfrentamiento* entre el Cacique y el General aunque mediado, como se ve, por la naturaleza⁴.

Pero como dijimos más arriba, el nombre de “Foyel” también se aplica a emprendimientos actuales: una confitería del pueblo sobre la ruta 40, una empresa forestal con intereses en el lugar y la estancia “Cacique Foyel” (antes “Villegas”), valuada en más de 15 millones de dólares. Cabe preguntarse si el nombre del pueblo remite al río, que sin embargo no lo

⁴ En 1884 las operaciones militares dirigidas por el General Villegas (muere ese mismo año) en el sur de los Territorios de Río Negro y Chubut terminaron con la resistencia de los últimos caciques que dominaban en la región (Saihueque, Inacayal, Foyel, entre otros). En el mes de julio Foyel se entregó con algunos de sus hombres en el Fuerte “General Villegas” (Chubut). Días después fue escoltado por el Teniente Insay hasta donde se encontraban sus toldos en las costas del Río Genua para concretar el traslado y rendición de todo el grupo. Según los relatos oficiales al atrasarse ese traslado por dilaciones de Foyel, Insay decidió atacar la toldería. Lo que algunos llaman la última batalla de la “Conquista del Desierto” (Biedma 2003) ocasionó la muerte de 30 indígenas y una huida general. Foyel junto a Inacayal y sus familias fueron trasladados a Buenos Aires.

atraviesa, al cerro, al viejo corral o al mismo cacique. Más aun, en lengua mapuche “foye” es el canelo, un árbol de uso ritual y medicinal en esa tradición en el que se habría inspirado el nombre del cacique (Casamiquela 1967). Un pueblo que toma su nombre de un río que toma su nombre de un cacique que a su vez lo toma de un árbol sagrado... La omisión del sustantivo en “El Foyel” es una señal de su consolidación en el uso coloquial pero al mismo tiempo imprime una ambigüedad en el significante.

Si en los topónimos, se desarrolla una relación entre nombrar y situar, la ambigüedad de “El Foyel” crea un juego de ausencia y presencia. Cerca de allí, un viejo trabajador rural de la zona me comentó que él dudaba de la real existencia del cacique pues a pesar de sus años en el lugar no conocía a familia alguna con esa descendencia, incluso “sabiendo que el cacique tuvo muchas mujeres”. Paradójicamente, expresa un conocimiento local sobre su biografía pero impugna la versión reflejada en la toponimia.

El cuadro toponímico descrito se completa con las narraciones en torno a la aparición del fantasma de Foyel de los sectores populares del lugar.⁵ Para resumirlos solo mencionaré sus dimensiones histórica y sobrenatural. Hay versiones que simplemente aseguran que su tumba se encuentra allí, aunque sin especificar con exactitud donde, y otras en las que con más detalle se describe el paso del indígena en retirada apurado por la persecución del ejército. Foyel escapando con algunos caballos cargados con oro y plata habría enterrado “sus pertenencias” en un cerro cercano. En otra versión el tesoro oculto se confunde con el entierro del propio cacique. En vínculo con la dimensión histórica del relato se desarrolla también una dimensión sobrenatural que incluye apariciones espectrales: una figura ecuestre, sonidos, luces e incluso artefactos arqueológicos. Dichas apariciones señalan sitios precisos donde se encontraría el tesoro y la tumba. Pero, como en una maldición, cuando el testigo de esas señales, pasado el primer impacto, quiere situar el lugar lo ha olvidado o la tarea se le hace imposible.

Llegado a este punto el investigador puede verse tentado a confrontar mito e historia y separar el dato documentado del relato sobrenatural. Sin embargo, los consultantes unifican como experiencia ambas dimensiones del pasado. Es más, esos relatos refieren a una

⁵ No desarrollo un análisis de estos relatos por haberlo hecho en un trabajo anterior (Masotta 2008a).

temporalidad fantasmática pasado/presente. Cabe, entonces, creer en el fantasma, seguir sus pasos y atender a su realidad.⁶

El cacique es una figura de poder y en la cita toponímica lo asocia a un mito de origen, un relato de soberanía y autoridad (Vernant 1973, Foucault 1992). Aunque la historia de Foyel es de derrota y despojo, la táctica del fantasma lo hace invencible. Seguro de si, y como burlándose, el espectro continúa haciendo señales nocturnas.

El fantasma de Foyel suma a la cita toponímica un componente territorial de especial potencia: la tumba. Lugar de memoria y centro en el relato de autoctonia, se conjuga con una tensión entre atracción y rechazo al incorporarse en ella un tesoro. La profanación se acerca así a una metáfora de la toma territorial. Recordemos que la sistemática profanación de chenques y tumbas indígenas por los viajeros y militares del siglo XIX y principios del XX en la región (por ejemplo Moreno, Fontana, Onelli entre muchos otros) no fue una tarea desvinculada de la propia toma territorial sobre los pueblos indígenas⁷.

Como alertaba Walter Benjamín "...si el enemigo triunfa ni siquiera los muertos estarán seguros. Y ese enemigo no ha dejado de triunfar" (Benjamín 1973). Pero con Foyel esa profanación nunca se consuma, si bien esa posibilidad está siempre presente y hasta se sueña con ella. Algunas familias de viejos pobladores en las noches de San Juan, 60 años atrás aproximadamente, solían reunirse para festejar esperando ver alrededor de las 24 horas las señales del fantasma sobre un cerro. Los chicos se entretenían con las tres papas, un juego que pronosticaba un futuro de pobreza o enriquecimiento. Una consultante afirmó que a pesar de la insistencia de sus padres, nunca pudo ver nada en aquellas noches, pero recordaba con asombro un desmoronamiento en ese preciso lugar al llegar la medianoche. En este caso la maldición es sostenida por todos sus actores. En ese persistente deseo de profanación irresuelta hay un gesto solidario que, al sostener vigente la maldición, demuestra la inmortalidad del fantasma. Solo maldicen los vencidos.

⁶ "Es inútil ir a buscar detrás del fantasma una verdad más cierta que él mismo, que sería el signo confuso (inútil pues, sintomatologizarlo)... Los fantasmas no prolongan los organismos en lo imaginario; topologizan la materialidad del cuerpo. Es preciso, pues, liberarlos del dilema verdadero-falso, ser-no ser (que no es más que la diferencia simulacro -copia reflejada una vez por todas), y dejarlas que realicen sus danzas, que hagan sus mimos, como «extra-seres». (Foucault 2004:12)

⁷ La especial atracción que sentían los "conquistadores" por los chenques en Patagonia fu abordada en un trabajo anterior (Masotta 2008).

Invocaciones y apropiaciones

La ubicación de los indígenas de la Patagonia, en el lugar liminal de una anomalía arcaica en un presente moderno, fue una de las piedras de toque de las políticas de despojo y exterminio desarrolladas por el Estado Nacional (Blengino 2005). ¿Qué tipo de prisioneros eran Foyel, Inacayal y otros para ser trasladados al Museo de Ciencias Naturales de la Plata por mediación del Francisco Moreno?, ¿no eran ya fantasmas?⁸

Aproximadamente cuando ese traslado se estaba ejecutando, el Gobierno Nacional designó al Teniente Coronel Luis Fontana primer gobernador del recién creado Territorio Nacional del Chubut. Este, que se desempeñaba en la campaña contra los indígenas del Chaco inauguró su nuevo mandato con una expedición remontando el río Chubut. Desde el Atlántico se dirigió directamente al escenario en que las fuerzas de Foyel habían sido diezmadas unos meses antes. El cacique y sus allegados habían sido trasladados a Buenos Aires pero el resto de las familias permanecieron en Chubut.

“Allí solitarios y combatidos por los vientos, se levantaban como fantasmas en la desolada amplitud del desierto, las tolderías del cacique Foyel, que fue el último baluarte de la barbarie derruido por la fuerza de nuestra civilización victoriosa.

Los toldos abandonados, las lanzas rotas, los esqueletos de los hombres y de caballos, las cápsulas servidas de ‘Remington’ y los jirones de quillangos, de bombachas y chaquetillas de paño gris, nos anunciaron que allí hacía poco tiempo se había representado una tragedia de muerte.” (Fontana 1979 [1885]: 85)

Luego de su cautiverio en el Museo Foyel fue devuelto a Chubut. Es posible que la muerte de Inacayal y de su propia hija hayan influido en la autorización para que el viejo cacique regrese con su gente. En 1895 el propio Moreno se reencontró con él. Ya no como

⁸ Luego de un año prisioneros en El Tigre (provincia de Buenos Aires) Foyel, Inacayal y sus allegados fueron trasladados al Museo de Ciencias Naturales de la Plata que se preparaba para su inauguración. Foyel pudo regresar a Chubut y reencontrarse con su gente en Chubut. En el museo murieron una de sus hijas, el cacique Inacayal y otros. Sus restos ingresaron a las colecciones para y fueron expuestos en vitrinas. La muerte de ese cacique fue descrita patéticamente por Clemente Onelli: “...habló palabras desconocidas y en el crepúsculo la sombra agobiada de ese viejo señor de la Tierra se desvaneció como la rápida evocación de un mundo” (Vignati 1941: 25). Para el caso de los prisioneros indígenas en el Museo de la Plata, su puede consultarse (Podgorni 1990).

antropólogo sino como perito en límites internacionales comentó en los apuntes de su trabajo:

“En la casa de negocios del Valle me esperaba el cacique Sarmata y luego llegó el viejo cacique Foyel, mi huésped en el museo durante varios años, que ha preferido volver a las voleadas de guanacos y avestruces. Musters nos cuenta la habilidad de Foyel en las cacerías y más de una vez septuagenario ya, me ha proporcionado este, avestruces y guanacos con sus seguras boleadoras. Foyel me espera para acompañarme... Me es grato volver a encontrarme con estos indígenas luego de tantos años y encontrarlos asimilándose aunque lentamente con la civilización. Creo que si fuera posible prohibir la venta de aguardiente a esos pobres indios los estancieros tendrían peones de primer orden en los descendientes de las tribus que fueron dueñas de esas tierras y que hoy vagan sin patria.” (Moreno 1897: 87)

Otra cita elocuente de la retórica de la “civilización victoriosa” y de la inminente desaparición indígena en torno a la figura de Foyel, ahora según el cura Vacchinna que lo vio el mismo año que Moreno:

“El más sanguinario de esta inconmensurable pampa, terror de la colonia Galense y complicado en el asesinato de tres colonos, Foyel no manda ahora sino muy poca gente, y es muy pobre; por lo tanto, como un león con las uñas quebradas, nos saludó pidiéndonos tabaco”. (en Aguerre 1990/92 :157)

Repárese en la imagen crepuscular, fantasmática y liminal de lo indígena en esta retórica. “solitarios, ...como fantasmas..., último baluarte derruido..., toldos abandonados, lanzas rotas, esqueletos...” (Fontana); “asimilándose aunque lentamente..., pobres indios..., descendientes de las tribus..., hoy vagan sin patria” (Moreno); y finalmente el cuidado juego de contraste poder/debilidad y acento en la negación del cura Vacchinna; “no manda ahora sino muy poca gente...”.

Décadas después la imagen del cacique reapareció en un folleto singular producido por el mismo Museo de la Plata. Se trató de “Iconografía Aborigen I. Los caciques Sayhueque, Inacayal, Foyel y sus allegados” de Milcíades Vignati, publicado en 1942. Las fotografías de los caciques que rescata Vignati como director del área de Antropología del museo

habían sido tomadas durante el cautiverio en El Tigre y en el mismo Museo y utilizadas para ilustrar vitrinas. El antropólogo reorganizó la sala incorporando bustos de los caciques que, en los casos de Inacayal y otros, habían sido tomados de sus mascarillas mortuorias. En la publicación se intenta seguir la biografía de Foyel pero ésta se detiene abruptamente en el encuentro con Moreno arriba citado. Vignati, que usa expresiones como “elementos sobrevivientes de aquellas entidades indígenas...”, “últimos caciques guerreros”; “acervo iconográfico que perpetúa la imagen de los postreros jefes...” concluye en 1942 con la frase: “Nada sé de su muerte.” (Vignati 1942:28). Como recurso didáctico el autor recurrió a una serie de esquemas de siluetas vaciadas y numeradas que, enfrentadas a los retratos, indican la identidad de los cuerpos allí expuestos. Recuérdese que la fotografía es un arte cercano a la fantasmagoría, a un juego de visibilidad-invisibilidad, más aun en su vínculo con los muertos. En el mismo museo se expuso el cráneo del Cacique Calfucurá junto con un dibujo que mostraba cómo su fantasma se elevaba imponente sobre su tumba en el momento de ser profanada (los restos de Calfucurá integraron la colección de cráneos que E. Zeballos donó al museo). ¿Cuál es la cifra de saber y de poder que se busca y se encuentra en esas imágenes, en esos cuerpos, en esos territorios, en esas fotos, en esos restos *últimos*?

En síntesis, lo que quiero señalar es que los discursos institucionales y hegemónicos de derrota, arqueologización y museificación de lo indígena en su propuesta positivista al mismo tiempo generaron figuras fantasmáticas, nostálgicas, melancólicas que con ecos románticos no fueron ajenas al discurso de la misma nacionalidad. Un reverso de la nación puesto en circulación en las tensiones del proceso hegemónico en la cual también abreva el revisionismo u otros discursos o de contra-historia. En esta operación el fantasma es invocado. Es decir, controlado por una voluntad otra que lo convoca según dudas e intereses propios.

El fantasma es una figura recurrente en occidente pero poco frecuentada en las ciencias sociales (Cf. Derrida 1995; Agamben 1995). Su impertinencia y su remisión al origen (siempre está regresando, afirma Derrida), como una reflexión sobre lo social, formula o reproduce la duda sobre su propia constitución de soberanía en términos de autoctonía. Para la Argentina, el texto paradigmático es el “Facundo” de Sarmiento con la invocación a su “sombra terrible” y al nombre de Quiroga como cifra del país.

“Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para qué, sacudiendo el polvo que cubre tus cenizas te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones que desgarran las entrañas de un noble pueblo. Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años después de su trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: “¡No; no ha muerto! ¡Vive aun! ¡Él vendrá!...” (Sarmiento 1967 [1845]:7)⁹

En “El Foyel” en los años recientes el cacique fue invocado de una forma particular por diferentes empresas con intereses de explotación forestal. En contraste con la genealogía de la memoria oral del lugar se trata más bien de una operación de mercado que acompaña dicha instalación como un ejercicio folklorizante sobre aquel nombre. En la zona se profundiza un proceso de reconversión turística que impacta en la mediana o pequeña propiedad que se ruraliza en términos pintorescos según esa demanda. En ese contexto la estancia “Cacique Foyel” adorna sus flamantes carteles con un símbolo, especie de marca de ganado que fue tomado de las vitrinas del museo regional perteneciente a la Compañía Benneton en Chubut. Allí una gran foto de Foyel es acompañada por una frase que en 1869 le atribuyó el viajero inglés Musters: “aquí hay lugar de sobra para todos....”.¹⁰

Frente a la invocación, la aparición. Del otro lado de la cordillera, aunque en realidad del mismo (recuérdese que Sarmiento realizó su evocación desde su exilio en Chile) un canto, ahora en lengua mapuche evocaba a un mítico cacique. En su Folklore araucano de 1911, Tomás Gevara lo recogió como el “Canto del fantasma de Caupolicán”, una pieza oral (posiblemente con inspiraciones de la “La Araucana”), que muestra la figura de la aparición con claridad. Una epifanía.

⁹ “El fantasma que recorre toda Europa, agitando sus ciudades, también ronda por la pampa y asedia Buenos Aires. Como Baudelaire, que miraba las calles vacías de París a través del velo ondulante de la multitud, Sarmiento mira el desierto a través del velo de las masas, esas fuerzas invisibles que salen repentinamente del desierto o que, gracias a una orientación adecuada, marcharán ordenadamente hacia él, en sucesivas oleadas de inmigrantes. Ese es en realidad el fantasma que Sarmiento intenta conjurar, el espectro que llama en su ayuda pero que al mismo tiempo pretende exorcizar. Todo depende del conjuro, del enunciado que se pronuncie, de encontrar la fórmula política correcta apta para expresar la fuerza, sin desatar, como el aprendiz de brujo, su naturaleza violenta.” (Rodríguez 2002:127)

¹⁰ Tal vez un primer caso de folklorización fue la versión escrita del relato de Foyel por un poblador que relevó la historia de uno de sus peones: “Oro y Plata” (Lanfré 1979). En la actualidad se difunde en las escuelas de la zona. Fue publicada como *relato provincial* en la compilación “Aquí Río Negro. Cuentos rionegrinos”.

¿Quién es éste
como tigre
por el viento pasa
con su cuerpo fantástico?
cuando lo ven los robles
i las jinetes (esas)
despacito hablan para decirse:
“éste es, hermanos
el fantasma de Caupolicán.” (Gevara 1911: 133)¹¹

En 2008 el grupo de rock chileno Vejara volvió sobre este viejo canto mapuche con su propia versión, “Kaupolikan ñi witran”

Y quién es este?
Del sur de Chile
Por la ciudad pasa
Este es pues hermanos
El alma de Kaupolikan!
Tufa tati pu peñi
Kaupolikan ñi witran

Aparecidos

La difusión del conjunto fantasmático *aparecido*-entierro-resto arqueológico-poder en sectores populares rurales, trascendiendo incluso las fronteras provinciales, regionales y nacionales, señala su particular fuerza evocativa¹².

¿Qué clase de espectro aparece en El Foyel?

¹¹ En el “Corral de Foyel” Clemente Onelli se encontró con un “descendiente directo” de este cacique. La zona es un corredor histórico, un pasaje entre Argentina y Chile (Bandieri 2005, Casamiquela 2005, Finkelstein 2005).

¹² Un trabajo exhaustivo sobre el mismo complejo en la construcción de pertenencia aborigen en la provincia de San Juan en Escolar (2007). Un trabajo sobre lo fantasmático como lógica de visibilidad/in-visibilidad; desvanecimiento y retorno en el caso ranquel en Lazzari (2007).

Según los relatos orales no es una figura que esté interesada en aterrar a los vivos. Sus apariciones asociadas a la noche (luces, fuegos, su propia figura) también cuentan con expresiones diurnas como ruidos, música de un acordeón, hallazgos de objetos arqueológicos y pinturas rupestres. Su inclusión en la festividad familiar de la noche de San Juan es elocuente de una incorporación a la vida cotidiana. Las apariciones relatadas generalmente en voz baja con una mezcla de respeto y secreto no señalan al fantasma como una aparición excepcional. Es más, las misteriosas luces se generaliza en la zona a los entierros de indios sin referirse particularmente al cacique.

Además de la toponimia otras marcas territoriales recrean nuevamente el contraste intercultural. Ocultas en aleros o “casas de piedra” a las numerosas pinturas rupestres que jalonan las costas de los ríos Foyel y Villegas (Bellelli et al, 2007) se han sumado las cruces cristianas que grupos religiosos instalaron en la cumbre de algunos cerros. Y es posible que la creencia cristiana en el estado liminal de los muertos no bautizados (“almas en pena”) haya sido uno de los factores de interpretación del pasado indígena del lugar. Desde este punto de vista toda la zona puede ser vista como un gran cementerio de almas en pena indígenas. Una consultante reflexiona:

“Y esas luces indicaban que había cerca el entierro, la plata o el oro. O quizás fue habitado por los indios. Cuántos murieron y enterraron ahí... Porque esto era habitado por los indios, no? Yo creo que sí. Esto era todo habitado por los indios.”

“Entierro de los indios puros!”, agrega otra informante.

El fantasma de Foyel es un relato intercultural. Recrea la memoria social del pasado indígena del lugar y del contacto interétnico que implicara el despojo por parte de las fuerzas del Estado Nacional pero, además, al adoptar la forma fantasmática hace de ese pasado una instancia inconclusa, en persistente regreso¹³.

En 2008 entrevisté a José P. miembro de una de las familias más antiguas que aún viven en el lugar y me brindó nuevos datos sobre esos relatos. El consultante, de más de 80 años e hijo de padres chilenos, se mostraba descreído e insinuaba con su tono por momentos risueño la dudosa veracidad del asunto de las apariciones nocturnas. Su versión, en

¹³ Para la difusión del relato sobre entierros en comunidades mapuche de la región ver Delrío (2007) y Crespo (2007).

consecuencia, resultó de un grado de verosimilitud histórica no escuchada hasta ese momento. Hacia el 1900 un hombre blanco, que había sido cautivo de Foyel en su juventud, ocupó tierras en la zona para la explotación de ganado. Años más tarde él y su esposa indígena habrían presenciado la ceremonia del entierro del cacique, quien fuera trasladado allí en forma secreta. El consultante recibió el relato de sus padres quienes habrían conocido a aquella familia, que ya no habita en el lugar. Los primeros juraron mantener en secreto el lugar preciso de la tumba del cacique.

La figura de un cautivo incorpora una nueva variable a la historia (el lugar de los cautivos en la colonización en los años inmediatos posteriores a la “Conquista”) y orienta así al relato hacia una dirección intercultural.

El movimiento secreto de los restos del cacique para su entierro en el lugar de su antiguo dominio con el juramento de secreto de sus nuevos ocupantes hacia principios del siglo XX puede observarse como un acto simbólico de resistencia en el contexto de lo que Delrío caracterizó para la población mapuche como el “período de los largos peregrinajes” luego de la “Conquista” militar (Delrío 2005).

Aquel juramento se actúa y se actualiza en la confirmación de aquella maldición. A esas viejas historias el consultante José P. agregó una más reciente donde lo fantasmático vuelve a hacerse presente, ahora con un particular elemento cristiano. Un amigo y vecino suyo ya fallecido le había confesado que en un sueño se le habría aparecido el diablo indicándole el sitio de entierro del cacique Foyel, ambos realizaron una expedición siguiendo esas indicaciones pero nada encontraron.

“Y quién es éste?” Comentario final

Entre la toponimia y el mito se despliega el vínculo entre nombrar y situar. En ese proceso el fantasma realiza una misteriosa topología en movimiento que es fijada en la invocación (la lápida, el conjuro) y se fuga en la aparición. Aparece en las preguntas ¿quién es?, ¿dónde está?, preguntas a las que el nombre y el topónimo responden y que la memoria no deja de volver a formular. El fantasma tiene una movilidad prodigiosa entre la invocación o apropiación controlada y la aparición epifánica, entre la escritura y la oralidad. Una

especial figura mediadora y poderosa que involucra obstinadamente la política del debate intercultural deseando un mapa y un territorio.

Bibliografía

Agamben, Giorgio.1995. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia: Pre-textos.

Agerre Ana 1990/2 “Familias aborígenes del área de los ríos Pinturas, nordeste de la provincia de Santa Cruz”. *Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología XVIII*, 1990-92. Buenos Aires.

Bandieri, Susana 2005. “La cordillera de los Andes. De área de conflicto a espacio de interacción”. *Revista Todo es Historia* Año XXXVIII. N°461. Buenos Aires.

Bellelli, C., M. Carballido Calatayud, M., P. Fernández y V. Scheinsohn 2007. “Investigaciones arqueológicas en el valle del río Manso inferior (provincia de Río Negro)”. *Resúmenes ampliados, Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo 3: 309-314. Universidad Nacional de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales.

Benjamín, Walter. 1973. “Tesis de filosofía de la historia”. *Discursos Interrumpidos I*. Madrid: Taurus.

Blengino, Van. 2005. *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Biedma Juan M 2003. *Crónica histórica del lago Nahuel Huapi*. Buenos Aires: Nuevo Extremo.

Borges Jorge L. 1974. "Del rigor de la ciencia". En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

Calvet, Louis-Jean 2005 [1974]. *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de Glotofagia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Casamiquela, Rodolfo 1967. *Geonimia de Río Negro*. Viedma: Ministerio de Asuntos Sociales. Dirección de Cultura.

----- 1998. *Estudio de la toponimia indígena de la Provincia de Río Negro*. Trelew: Edición del Autor.

----- 2000. *Toponimia indígena de la provincia de Chubut*. Subsecretaría de la Provincia de Chubut.

----- 2005. "El mítico paso de Bariloche". *Revista Todo es Historia* Año XXXVIII. N°461. Buenos Aires.

Delrio, W. 2005. *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia (1872-1943)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

----- 2007 "El genocidio indígena y las ollas ocultas en los Andes". *Latin American Studies Association, XXVII International Congress*. Montreal, Canadá, 10-12 de septiembre.

Derrida, Jacques. 1995. *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.

Escolar, Diego. 2007. *Los dones étnicos de la Nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Finkelstein, Débora 2005. "Cordillera Sur. ¿Límite o espacio social? *Revista Todo es Historia* Año XXXVIII. N° 461. Buenos Aires.

Fontana, Luis J. 1976 [1885]. *Viaje de exploración en la Patagonia austral*. Buenos Aires: Marymar.

Foucault, Michel. 1992. *Genealogía del Racismo*. Buenos Aires: Altamira.

Foucault, Michel y Gilles Deleuze. 2004. *Theatrum philosophicum. Repetición y Diferencia*. Barcelona: Anagrama.

Gevara, Tomás 1911. *Folklore Araucano*. Santiago: Imprenta Cervantes.

Groeber, Pablo 1926. "Toponimia araucana". *Gaea*, v.2, n.1. Buenos Aires.

Harrington, Tomás 1944 "Nombres indios y galeses de la toponimia patagónica". *Revista Geográfica Americana*, v. 21, n. 127, pp.236-38. Buenos Aires.

Koessler Ilg, Bertha 1963. "Etimología de algunos Topónimos según informantes araucanos". *Primer Congreso del Área Araucana Argentina*. Provincia de Neuquén: Junta de Estudios Históricos. Pp:141-145.

Lanfré Oscar 1979. "Oro y Plata". En AAVV. *Aquí Río Negro. Cuentos rionegrinos*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Lazzari, Axel. 2007. "Identidad y fantasma: situando las nuevas prácticas de libertad del movimiento indígena en La Pampa". *Quinto Sol*, ene./dic. 2007, no.11, p.91-122.

Masotta, Carlos. 2008a. "Escuché voces..., vi luces". Relatos de territorio y localidad en el "camino viejo". *Actas de las III Jornadas de Historia de la Patagonia*. Bariloche: CONICET – Universidad Nacional del Comahue. Publicación en CD.

----- 2008b. "Frankenstein en la Patagonia. Imaginación arqueológica y territorio en las primeras fotografías de la región." *Actas de las VII Jornadas de Arqueología de la Patagonia*. (en prensa).

Moreno, Francisco. 1897. *Reconocimiento de la Región Andina de la República Argentina. Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. La Plata: Talleres de publicaciones del Museo.

Perón, Juan D.: 1975 *Toponimia patagónica de etimología araucana*. Buenos Aires: FNA.

Piana, Ernesto. 1981. *Toponimia y arqueología del siglo XIX en la Pampa*. Buenos Aires: EUDEBA.

Rodríguez, Fermin 2002. "Sarmiento en el desierto. Exceso de vida, instinto de muerte." *Revista Iberoamericana* Vol. LXVIII -201- Octubre –Diciembre 2002. Madrid: pp:1111-1128.

Sarmiento, Domingo F. 1967 [1845]. *Facundo*. Buenos Aires: CEAL.

Steffen, Hans. 1909. *Viaje de exploración y estudio a la Patagonia Occidental*. Santiago: Imprenta Cervantes.

Stieben, Enrique 1966. *Toponimia araucana*. Santa Rosa: Talleres del Boletín Oficial.

Tello, Eliseo 1958. *Toponimia araucana-pampa*". Edición de la Dirección de Cultura de la provincia de La Pampa. Santa Rosa, 1.958.

Vernant, Jean-Pierre 1973. *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel.